

«EL INTELLECTUAL Y LA POLÍTICA: TRES DÉCADAS ESPAÑOLAS (1909-1939)»

■ Conferencias de Juan Marichal, profesor de la Universidad de Harvard

«La guerra española de 1936-1939 no fue, como se empeña en ver gran parte de nuestra historiografía, a la vez masoquista y provinciana, un hecho histórico peculiar de nuestro país, sino una trágica sincronía de España con la historia universal. Es más, la historia de la guerra de España está aún por escribir, y sólo lo podrán hacer los españoles que miren más allá del Pirineo». Así ve el profesor de la Universidad de Harvard Juan Marichal nuestra guerra civil, último eslabón de las tres décadas (1909-1939) que analizó en la Fundación Juan March, del 8 al 22 de mayo en un curso titulado «El intelectual y la política: tres décadas españolas». Ofrecemos a continuación un extracto de las cuatro lecciones.



JUAN MARICHAL, nacido en Santa Cruz de Tenerife en 1922, hubo de interrumpir sus estudios en España a causa de la guerra civil, prosiguiéndolos en Francia, Marruecos, México y Princeton, donde se doctora en 1949. Profesor de Lengua y Literatura Románicas en la Universidad de Harvard, Marichal fue discípulo de Américo Castro y ha abordado el estudio del ensayismo español y sus ramificaciones ideológicas desde el Renacimiento hasta Ortega y su generación. Además de trabajos en revistas americanas y europeas, es autor de «La voluntad de estilo»; de ediciones póstumas de la obra de Pedro Salinas; de la edición de las Obras Completas de Manuel Azaña (en cuatro tomos) y de «El nuevo pensamiento político español».

LA RECUPERACION INTELLECTUAL DEL LIBERALISMO ESPAÑOL (1909-1923)

A principios de este siglo se inició en España un esfuerzo colectivo, considerable y consistente, para dirigir la atención intelectual de los españoles allende el Pirineo. Este propósito se realizó, llegando así a ser España en las décadas 1916-1936 uno de los países periféricos europeos menos marginales, culturalmente hablando. Si la historia intelectual española es en los cuatro siglos 1492-1898 una historia centrada en los temas puramente nacionales de cada época, en cambio en el siglo XX está presente en el mundo, con algunas figuras de verdadera significación universal: porque no sería una arbitrariedad españolista decir que *El sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno, y *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, quedarán en la cultura occidental como dos de los

libros más fielmente representativos del pensamiento europeo de la primera mitad del siglo XX.

Esto es, en 1898 empezó el florecimiento cultural español. Pero los intelectuales españoles del temprano siglo XX no abandonaron las preocupaciones nacionales seculares; es más, quizá fueron ellos mismos los más decididamente orientados a ahondar en temas nacionales y a tratar de modificar la vida colectiva española. Se originó así un drama histórico colectivo no desprovisto, por otra par-

te, de significación transnacional. Porque este drama tiene una trágica claridad que quizás no han tenido los de otras culturas y países de mayores complejidades sociales, económicas y políticas. Este drama lo representó la generación de 1914, la generación intelectual más importante de toda la historia española: la de Ortega y Azaña, Pérez de Ayala, Américo Castro, Gregorio Marañón, Pedro Salinas, Guillén, Juan Negrín y tantos hombres más. Es, en verdad, un drama de corte clásico con cinco jornadas y con una misma impulsión: la de europeizar la vida política española.

No se puede omitir completamente la década 1898-1909, ya que la generación de 1914 se vio marcada por 1898. En Unamuno está el punto de partida del hilo central de las acciones e ideas de los intelectuales que le siguen cronológicamente. El inició lo que podemos llamar recuperación liberal, tratando de dar al liberalismo español consistencia ideológica e impulsión ética.

En 1909, año de la Semana Trágica de Barcelona, la generación de Ortega entra en la política española como un grupo nuevo claramente definido; y en el otoño de 1913 constituyen un nuevo tipo de organización política, la Liga de Educación Política Española, en cuyo manifiesto, dado a conocer en octubre de ese año, se mantiene que no se puede identificar el liberalismo con ninguna forma del Estado. Para Ortega y demás firmantes del manifiesto, ninguno de los partidos políticos existentes en 1913 en España era el vehículo apropiado para las aspiraciones de su generación. Ortega pedía una recuperación liberal opuesta a la *estatista* de Unamuno. A través del semanario *España*, que se inicia en enero de 1915 dirigido por el propio Ortega, se ofrece una doctrina del anti-estatismo, contribuyendo a lo que él llamaba «la organización de los españoles frente al Estado español». De ahí que Ortega pidiera al Partido Reformista, constituido dos años antes, que era indispensable marcar tajantemente su distancia respecto al Partido Liberal. Más tarde, en 1922, en un artículo publicado en *España*, y ante el evidente atraso político del país, Ortega se dirigirá a los intelectuales españoles con un mensaje que es, sin duda, el eco español de la campaña de Gide en favor de la «desmovilización de la inteligencia». «El intelectual sólo puede ser útil como intelectual, esto es, bus-

cando sin premeditación, la verdad», decía Ortega. Para él, el balance de la acción política de los intelectuales españoles era doblemente negativo, para la política y para la cultura.

En 1923, al tomar el poder gubernamental el general Primo de Rivera, empezaba una nueva fase de la historia intelectual y política de la generación de 1914, que duraría hasta la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931. En esos ocho años de la dictadura, Unamuno, en el exilio desde 1924, sería el paradigma de la protesta liberal y en Madrid la voz de Manuel Azaña —entonces más literaria que política— empezaría a afirmarse proponiendo una nueva meta para la recuperación liberal española.

LA RESONANCIA POLITICA DE LA LITERATURA (1923-1931)

Dentro de esta época transitiva de la jornada 1923-31, la figura exponente de un cambio histórico es la personalidad literaria y política de Manuel Azaña, cuya vida está muy unida a la historia de la Castilla liberal. Decidido partidario de Francia en la Primera Guerra Mundial, Azaña fué secretario del Ateneo de Madrid entre 1913 y 1920 y, en dos ocasiones, en 1918 y en 1923, fue, además, candidato a diputado por el Partido Reformista en la provincia de Toledo.

Entre 1909 y 1923 Azaña osciló entre la vida intelectual y la política. En la primavera de 1920 dimitió de su cargo de secretario de la Junta Directiva del Ateneo e inició la publicación de una revista literaria, *La Pluma*; en 1923 se encargó de la dirección del semanario *España*. En el verano de este año tenía aún Azaña esperanza de un cambio político de importancia, pero el 13 de septiembre de 1923 cerró esa posibilidad y Azaña se dio de baja en el Partido Reformista, por no haber protestado este partido contra el fin de la Monarquía constitucional y parlamentaria. Y, pese a la censura, siguió Azaña expresando su pensamiento político, en clara y tajante oposición al llamado Directorio militar.

La fase de 1924-1927 de la biografía de Azaña fue, sobre todo, literaria. Volvió a su novela *El jardín de los frailes* y se dedicó intensamente al estudio de la obra y figura de Juan Valera. Sentía entonces que la

actividad literaria era quizás su verdadera vocación. Recordemos que el 12 de mayo de 1926 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura por su libro sobre Valera, entonces inédito; y que en 1927 *El jardín de los frailes* fue acogido con reseñas y artículos muy elogiosos en la prensa madrileña.

Por otra parte, no había dejado Azaña de participar en la actividad más o menos conspiratoria de la llamada Alianza Republicana; y además su creciente importancia literaria era también un factor político en su favor. De este modo, al reanudarse la vida política española tras la renuncia del general Primo de Rivera el 28 de enero de 1930, cuando a los pocos días regresó de su exilio Unamuno, Azaña y los profesores José Giral y Martí Jara le fueron a visitar a Salamanca en nombre de la Alianza Republicana. El 11 de febrero —aniversario de la Primera República— dicha organización celebró un banquete en Madrid, en el que pronunció Azaña su primer discurso político con trascendencia nacional. El 18 de junio es elegido Presidente del Ateneo de Madrid y el 29 de septiembre fue uno de los principales oradores en el gran mitin republicano de la Plaza de Toros de Madrid. En esa ocasión resumió su pensamiento político de muchos años, pidiendo que el Estado español se reorganizara, dando paso a una república «burguesa y parlamentaria» que afirmara ante todo la libertad de conciencia.

Poco después los sucesos militares de Jaca y las variadas consecuencias políticas que determinaron, generaron un estado de ánimo nacional que condujo finalmente a la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, fecha con la que se inicia la tercera jornada 1931-1936 de estas tres décadas españolas que estamos analizando, y en la que Manuel Azaña tendrá el papel principal.

LA PLENITUD DE UNA GENERACION INTELECTUAL (1931-1936)

El período comprendido entre 1931 y 1936 se inició con un episodio verdaderamente excepcional en la historia de España: porque la proclamación de la Segunda República, más que un cambio de régimen político, fue la culminación de un cuarto de siglo de incorporación intelectual española a la cultura europea contemporánea. La Primera República de

1873 había sido la consecuencia institucional de la llamada «Revolución del 68». Los cinco años 1868-73 habían representado un considerable esfuerzo de incorporación política a la Europa coetánea, pero no podría decirse que las figuras intelectuales inspiradoras de tal esfuerzo —Sanz del Río, por ejemplo— fueran equivalentes en significación transnacional a Cajal, a Unamuno, a Menéndez Pidal, a Ortega, a Marañón y a otras figuras de la España de 1931. Y aunque se haya exagerado simbólicamente el papel político de los profesores universitarios en el régimen español de 1931, no sería una arbitrariedad decir que la Segunda República —en la jornada de 1931-36— constituyó un estado de ánimo colectivo muy expresivo de las aspiraciones y designios de la generación intelectual de 1914, la de Ortega y Azaña.

No dejó de verse —fuera de España— a la Segunda República como una «república de intelectuales»: el Presidente del Consejo Nacional, Manuel Azaña, era, después de todo, un escritor cuyo ascenso al poder gubernamental había sido determinado, en gran medida, por su personalidad literaria. Azaña era estrictamente lo que Unamuno llamaba «un hombre de diario» y no sería aventurado decir que su singularidad histórica fue en buena parte la de haberlo sido.

Es más, el tema central del pensamiento político de Azaña fue como un compendio de la actitud de su generación ante España y su historia: «rectificar lo tradicional por lo racional». La «razón creadora» de Azaña —muy semejante a la *razón histórica* de Ortega— podía ser un instrumento de integración nacional. Y así, según Azaña, podría el liberalismo, a la vez racionalista y tradicionalista, realizar una política equilibrada que él llamaba «vía media»; de hecho podría mantenerse que los intelectuales liberales han sido, como Azaña sostenía, esencialmente mediadores.

En el año 1934 empezaría el gran drama de su biografía política cuando, tras verse perseguido y humillado por el Gobierno de la Segunda República en el otoño de ese año, se convertiría en el símbolo político admirado y seguido por una gran parte de la nación. En 1935 Azaña fue, sin duda, un político español de masas sin habersele propuesto. Aunque el otoño triunfal de Azaña —el de 1935—, cuando inmensas multitudes españolas acuden a sus discursos, es también vivido por él con sentimiento agorero de terribles tragedias venideras; sen-

timiento que va a crecer en las horas de triunfo de febrero de 1936, cuando se esforzará en pedir a los españoles que no repitan el pasado. Y por fin, el verano de 1936 —el tajo de 1936, como lo ha llamado Francisco Ayala— cortó para siempre el designio español de Azaña. La violencia casi geológica de la historia universal irrumpió ese verano en España.

LA VIOLENCIA DE LA HISTORIA (1936-1939)

La cuarta jornada de las tres décadas consideradas aquí corresponde cronológicamente a los tres años más violentos —y más sangrientos— de toda la historia de España, 1936-1939. Porque, sin duda alguna, la guerra española de 1936-39 fue aún más excepcional —como episodio histórico español— que la proclamación de la Segunda República en 1931. Si esta fecha representa la culminación política del esfuerzo de sincronía cultural que había caracterizado a la generación de 1914, la alegría colectiva de sentirse los españoles dentro de la historia europea moderna, 1936 fue, en cambio, una trágica sincronía de España con la historia universal. Porque la guerra de 1936-1939 difiere sustancialmente de las guerras internas españolas del siglo XIX. Aquéllas —más regionales que nacionales en su extensión territorial— fueron, digamos, *españoladas bélicas*. La guerra de 1936-1939 no fue, en cambio, un acontecimiento histórico español aislante: con esa guerra penetró en la península, violenta y atrozmente, la historia universal de la siniestra década iniciada en 1933, con la destrucción de la prodigiosa cultura alemana por los nuevos bárbaros, surgidos dentro de la propia Europa liberal.

Y quisiera señalar que en estos últimos años se está produciendo en España algo que podríamos llamar «encerramiento historiográfico» de la guerra española de 1936-1939. Esto es, el ansia extraordinaria de conocimiento histórico de su propio pasado, mostrada por el pueblo español en los últimos años, ha sido aprovechada por un número elevado de pseudohistoriadores para acentuar en sus relatos los rasgos y hechos supuestamente peculiares de aquella guerra y de España misma. Y al ver esa bibliografía —a la vez masoquista y provinciana— así como la de los especialistas universitarios de otros

países que parecen complacerse en mantener la vieja imagen romántica de la España pintoresca y extremosa, siento una profunda pena y me aventuro a decir que la historia de la guerra de España está aún por escribir; y que sólo la podrán escribir, con el rigor que exige la cuantía de la sangre derramada, los españoles que miren constantemente más allá del Pirineo.

El carácter excepcional de la guerra de 1936-1939 fue el principal factor determinante del contraste en las conductas de los hombres más representativos de la generación intelectual de 1914: un grupo considerable de ellos —Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Américo Castro, Salvador de Madariaga— no sintieron la enormidad de la irrupción de la historia universal en tierra española. Habían querido —y logrado— universalizar la cultura española; mas la guerra canceló las tareas universalizadoras de aquellos intelectuales. Y ellos la vieron así como un resurgimiento de la España anacrónica, resistente al cambio histórico. Es más, la iniciación de la guerra determinó, en los hombres aludidos de la generación de 1914, un agudísimo sentimiento de culpabilidad.

En el grupo más joven de la generación de 1914 —o sea los nacidos entre 1890 y 1895— hubo, en cambio, una actitud muy distinta, y particularmente entre los científicos y algunos médicos. Así se observa un contraste marcado entre los intelectuales literarios y los intelectuales científicos ante el terrible episodio de la guerra de 1936-1939. El contraste entre Manuel Azaña y Juan Negrín fue, ante todo, el contraste de las dos culturas, la literaria y la científica. Azaña vio la guerra como la reiteración de pasadas y repetidas contiendas peculiares españolas —como la consecuencia de un trágico sino histórico español— mientras que Juan Negrín la *vio y vivió* como una manifestación en tierra española del derrumbe de la Europa liberal, aterrada y minada por sus enemigos.

En contraste con Azaña —quien dejó abundantes claves de su biografía intelectual— Juan Negrín las veló cuidadosamente.

Juan Negrín nació el 13 de febrero de 1892, en las Palmas de Gran Canaria. Tras completar precozmente el bachillerato marchó a Alemania para cursar estudios universitarios; y tras obtener el grado de Doctor en Medicina en Leipzig, en agosto de 1912, se incorporó al profesorado

del Instituto de Fisiología de aquella Universidad.

Al empezar la guerra europea Juan Negrín regresó a su país, instalándose finalmente en Madrid donde, con la ayuda de Cajal, ganó la cátedra de Fisiología en la Universidad de Madrid. En 1923 fue nombrado Secretario de la Facultad de Medicina y en 1927, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid. Los primeros trabajos se iniciaron en 1929, pocas semanas después del ingreso de Juan Negrín en el Partido Socialista. Según Negrín, éste era el único partido «realmente republicano que existe hoy en España», razón por la que se adhirió a él, como él mismo afirmó. De ahí que mantengo que Negrín veía en el Partido Socialista, más que un partido de clase, un instrumento de modernización de la vida colectiva española. De todos modos, recordemos que algunos prominentes socialistas —como don Julián Besteiro— no querían entonces asociar a su partido con los republicanos: y puede suponerse que Juan Negrín estaba más cerca de Indalecio Prieto, el socialista asociado a los republicanos.

Fue también entonces cuando Juan Negrín publicó, en *El Socialista* el único artículo suyo de carácter no científico aparecido antes de 1936: «La democratización de la Universidad», en el que expresaba su aspira-

ción a que la Universidad española facilitara el ingreso de alumnos procedentes de la clase trabajadora, y que así quedaría quebrantado «tanto narcisismo infecundo».

Cuando el 4 de septiembre de 1936 fue nombrado Ministro de Hacienda —al incorporarse los socialistas al gobierno republicano en forma visiblemente dominadora, bajo la Presidencia de Francisco Largo Caballero— Negrín declaró que tal gobierno iba a ser muy mal visto en los países democráticos y que, en verdad, equivalía a dar una importante victoria militar al adversario. Pero, por supuesto, el doctor Negrín se entregó a sus tareas de gobierno con toda la energía que le distinguía. Fue precisamente la extraordinaria eficacia de Negrín en Hacienda lo que llevó al Presidente Azaña a confiarle la jefatura del gobierno republicano tras la crisis de principios de mayo de 1937.

Hay numerosos testimonios de Negrín que expresan muy claramente como él se veía a sí mismo como un resolutivo defensor de su país, más con una muy amplia perspectiva europea. Esto es, el problema español había de situarse dentro del problema europeo, dentro de lo que él llamaría poco más tarde «la guerra de Europa»: y la guerra española era solamente la primera batalla de esa guerra, de esa terrible guerra que él veía ya en el futuro próximo.



Juan Marichal, tras la última lección de su curso sobre «El intelectual y la política», conversa con el profesor Severo Ochoa.